

---

# Relaciones humanas y estructuras institucionales.

## Autoridad y poder

---

Carlos Bazarra, OFM Cap.

### Resumen

*¿Cómo conciliar lo institucional y lo humano-fraterno? El planteamiento se hace desde la Institución eclesial para aplicarlo a la Vida Consagrada. Si lo sacerdotal y lo laical no se pueden contraponer sino que requieren una relación fraterna, con mayor motivo esta relación humana y fraterna debe darse dentro de la Vida Religiosa, entre superiores y súbditos. No debe ser relación de poder-dominio, sino de autoridad-servicio. Sólo así lograremos realizar el mundo que Dios soñó.*

---

*Como conciliar o institucional e o humano-fraterno? O questionamento é feito desde a Instituição eclesial para aplicá-lo à Vida Consagrada. Si o sacerdotal e o laical não se podem contrapor, ao contrário requerem uma relação fraterna, com maior motivo esta relação humana e fraterna deve dar-se dentro da Vida Religiosa, entre superiores e súditos. Não deve ser relação de poder-dominio, senão de autoridade-serviço. Somente assim conseguiremos realizar o mundo que Deus sonhou.*

Cuando se habla de estructuras institucionales, me viene a la mente la solidez de un edificio. Edificar es un término empleado en arquitectura: construir una casa. La casa necesita una estructura firme. Nos lo recordó Cristo en su sermón de la montaña: “un hombre prudente edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó porque estaba cimentada sobre roca” (Mt 7, 24-26). El reverso nos lo da el hombre insensato: “edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, fue grande su ruina” (Mt 7, 26-27).

Nada que objetar a las estructuras de una casa. Se necesitan cimientos, fundamento sólido, inmutabilidad. Pero cuando la palabra “edificación” se traslada a la dimensión antropológica y espiritual, es cuando surgen los problemas. Los hombres y las mujeres no somos seres terminados. Estamos en constante edificación, lo cual significa dinamismo, no inmutabilidad. La inmutabilidad es muerte, pero la vida es crecimiento, movimiento. “Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación” (Rm 15, 2). Lo humano es libertad. La Institución implica estructura rígida ¿Cómo conciliar ambas cosas?

## 1. LA VIDA RELIGIOSA EN SU ORIGEN

En el cristianismo la forma de Vida Religiosa (VR) surgió en el siglo IV<sup>1</sup>. Los primeros cristianos formaron comunidades, como lo describe el libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16) pero no eran estrictamente religiosos. Cuando termina la época de las persecuciones, hay cristianos que adoptan la *anachóresis* griega como fuga de lo social pero con una motivación profunda, trascendente<sup>2</sup>. La inspiración original y fundante de esta forma de vida brotó de una decisión de alejamiento del cuadro político-administrativo. Lo que los primeros monjes quisieron no fue cambiar la sociedad, sino huir de la sociedad<sup>3</sup>.

Podemos decir que esos primeros anacoretas asumieron la virginidad y la pobreza, pero no la obediencia. Cada uno se sentía libre para organizar su vida, su estilo, su horario. Indudablemente había entre ellos personas destacadas por su espiritualidad, y los otros los miraban como modelos, imitaban su vida de oración, mortificación, pobreza..., pero nadie mandaba a nadie. No era el estilo de uno que daba órdenes y los demás obedecían, línea vertical descendente, sino en dirección inversa, elevación hacia un modelo que resultaba atractivo y estimulante.

En esta perspectiva, exégetas y teólogos han podido hablar de un Jesús no-obediente. A pesar de expresiones como *“obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”* (Flp 2, 8), se ha escrito: “No encontramos en el Jesús adulto ningún rasgo de pasividad, de ‘sumisión’ en el sentido infantil que a veces damos

al término. Él vive su profetismo-mesianismo activamente, con iniciativa e inventiva, sabiendo sopesar formas y actitudes; lo de Jesús es entrega a un proyecto asumido gozosa, consciente y vitalmente. La causa de Yahvé es su propia causa; que él, con plena libertad, valora más que la propia vida”<sup>4</sup>.

En la última cena Jesús reclama para sí el título de Señor: *“ustedes me llaman Señor y Maestro, y dicen bien, porque lo soy”* (Jn 13, 13). Pero no es un título despótico, con *poder* arbitrario, sino una *autoridad* de servicio. *“Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes”* (Jn 13, 14-15).

Es el ejemplo que toman los Padres del desierto. El abad Casiano decía: “jamás he enseñado a nadie lo que previamente yo mismo no he puesto en práctica”<sup>5</sup>. La vida es más importante que las palabras. Ya en la Edad Media, San Francisco de Asís escribió en su primera Regla: “nadie sea llamado prior, mas todos sin excepción llámense hermanos menores. Y *lávense los pies el uno al otro*”<sup>6</sup>.

El pensamiento de Jesús es transparente:

Saben que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre ustedes, sino que el que quiera llegar ser grande entre ustedes, sea su servidor. Y el que quiera ser primero entre ustedes, sea sirviente; de la misma mane-

ra que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mt 20, 25-28).

Los especialistas distinguen entre autoridad y poder. *Poder* es fuerza, dominio, imposición. *Autoridad* es en cierto sentido autonomía, valor personal, testimonio. “Una persona X tiene autoridad para otra cuando se pone al servicio de esta, colocándola en sus hombros, haciendo que pueda ver mejor y más lejos, gracias al apoyo que X le presta”<sup>7</sup>.

Hoy día se está logrando una madurez psicológica mayor entre las personas religiosas en este terreno de la obediencia. La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica ha publicado unas orientaciones sobre la formación. Y en lo relativo a la obediencia escribe: “En un instituto, se ejerza o no la autoridad, una persona no puede mandar ni obedecer, sin referirse a la misión. Cuando el religioso obedece, pone su obediencia en línea de continuidad con la obediencia de Jesús para la salvación del mundo. Todo lo que en el ejercicio de la autoridad o de la obediencia sabe a compromiso, a solución diplomática o a presión, o a cualquier tipo de manejo humano, traiciona la inspiración fundamental de la obediencia religiosa que es la de conformarse con la misión de Jesús y actualizarla en el tiempo”<sup>8</sup>.

En la Iglesia y en la VR hay palabras que tienen autoridad, porque son creativas. Hay palabras que pueden ser autoritarias, y no son creativas; al contrario destruyen posibilidades, hieren o matan. La verdadera autoridad consiste en

aprender a pronunciar palabras creativas, que den vida.

## 2. PUEBLO Y SERVICIO

Todo lo expuesto viene a ser el marco referencial para encuadrar el tema propuesto: Lo humano y lo estructural, la autoridad (servicio) y el poder.

El Vaticano II (1962-1965) recuperó la dimensión de Pueblo para la Iglesia, y obviamente para la Vida Consagrada. Hablando del Pueblo de Dios, escribe: “Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara de verdad y le sirviera santamente”<sup>9</sup>. Dos finalidades: *confesar y servir a Dios*, finalidades trascendentes, pero que incluyen una tarea inmanente e interhumana. Lo explica un poco más adelante: “Este pueblo mesiánico, aunque no incluya a todos los hombres actualmente, es sin embargo para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación”<sup>10</sup>.

Este pueblo necesita una estructura jerárquica para su correcto funcionamiento: “Cristo instituyó diversos ministerios ordenados al bien de todo el Cuerpo”<sup>11</sup>. Pero la característica de esta jerarquía no es dividir, sino unificar y fortalecer la comunión. Jesús establece una categoría dentro del pueblo de Dios, no de superioridad, sino de diaconía, ministerio. Mejor, no es una categoría dentro del pueblo, sino una característica de todo el pueblo de Dios. Toda la Iglesia es ministerial<sup>12</sup>. Sería ingenuo pensar que los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los superiores religiosos son los

únicos que deben servir, y que los laicos y súbditos consagrados son los que deben ser servidos. Todos debemos servir, pero eso tiene que hacerse evidente, visible, y de modo eminente en los llamados ministros. *“El mayor entre ustedes será servidor de ustedes. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado” (Mt 23, 11-12).*

Esta es una idea fundamental en el Evangelio. Es un pensamiento cristiano al cien por ciento. Pero los hombres no hemos sido siempre fieles a esta verdad sustancial. Hemos concluido paradójicamente que el primer puesto es lo importante. El laicado ha pasado a ser lo ínfimo en el escalón eclesial, lamentablemente<sup>13</sup>.

Medita San Agustín: “aprendan de mí no a dar ser a las criaturas, ni a resucitar muertos, dar vista a los ciegos, abrir los oídos a los sordos; no, eso no tiene importancia... Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón; donde nos recomienda o inculca la caridad; una caridad acendradísima, noble, sin fatuidad, sin altivez, sin doblez; eso quiere inculcarnos quien dice: *Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón*”<sup>14</sup>.

La Iglesia no es una masa amorfa. La dinámica interna es precisamente superar lo informe para darle forma y personalidad<sup>15</sup>. La evangelización es sacar a la gente del anonimato, y que pase de *“ojlos”* (plebe) a *“laós”* (personas en comunidad). Ser Iglesia implica un movimiento por el cual la plebe se con-

vierte en personas con dignidad propia formando comunidad<sup>16</sup>.

Pero la distinción y diferencia no debe traducirse en desigualdad, que unos sean más que otros en poder. Hoy nos sorprenden párrafos como el siguiente: “La Iglesia es, por su propia esencia, una sociedad desigual, es decir, una sociedad que incluye a dos categorías de personas: los pastores y el rebaño, los que ocupan un rango en los diferentes grados de la jerarquía y la multitud de los fieles. Y estas categorías son de tal forma distintas entre sí, que únicamente en el cuerpo pastoral residen el derecho y la autoridad necesarios para promover y dirigir a todos los miembros hacia el fin de la sociedad. Por lo que se refiere a la multitud, no tiene otro derecho sino el de dejarse guiar y, como rebaño fiel, seguir a sus pastores”<sup>17</sup>.

Hay una diaconía, que es el común denominador. *“Todos ustedes son hermanos”*, estableció Jesucristo, reservando para Dios los títulos de Padre, Maestro y Jefe (Mt 23, 8-12). La realidad de Pueblo de Dios exige autoridad, que es servicio más que poder. La fraternidad es el constitutivo del Pueblo de Dios.

### 3. SERVICIO Y AUTORIDAD

El Concilio de Trento (1545-1563), rechazando la doctrina de los reformadores, destacó el sacerdocio visible y externo, colocando el acento en el poder sacerdotal, de consagrar y perdonar, que separaba de los simples fieles a los ministros ordenados. Lo sacerdotal se vinculó

con la estructura jerárquica de la Iglesia<sup>18</sup>. El punto de partida de Trento fue la relación “sacerdocio-sacrificio”.

En cambio, el Vaticano II partió del concepto de “misión”. No se insiste en la contraposición sacerdocio-laicado, sino en el binomio comunidad-ministerios. Lo que Cristo instituyó ante todo no fue la jerarquía, sino la Iglesia como comunidad, y en ella los ministerios como servicio a la comunidad. La relación del presbítero con el mundo no es de separación, sino de presencia y testimonio<sup>19</sup>. Meditemos algunos textos del Vaticano II:

El Señor Jesús hace partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que fue Él ungido, pues en él todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio, ofrecen sacrificios espirituales a Dios (...). No se da, por tanto, miembro alguno que no tenga parte en la misión de Cristo<sup>20</sup>.

Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres en lo que a Dios se refiere (...) conviven, como con hermanos, con los otros hombres (...). Los presbíteros del Nuevo Testamento (NT) por su vocación y ordenación, son en realidad segregados, en cierto modo, en el seno del pueblo de Dios; pero no para estar separados ni del pueblo mismo, ni de hombre alguno. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrena, ni podrían tampoco servir a los hombres

si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos<sup>21</sup>.

Los sacerdotes del NT (...) regenerados como todos en la fuente del Bautismo, son hermanos entre hermanos (...). Los presbíteros están puestos en medio de los laicos para llevarlos a todos a la unidad de la caridad, amándose unos a otros con caridad fraternal<sup>22</sup>.

Basten estas citas para notar la insistencia en lo fraterno dentro de la relación de los ministros con los fieles. No separación sino integración.

Hay autores que abordan directamente la relación autoridad y servicio. Por ejemplo Delorme parte de que Cristo es el único Señor, con autoridad universal de Resucitado en el sentido de poder divino, sin ninguna sucesión ni delegación humana. La autoridad de los enviados por Cristo presenta el mismo carácter extraordinario sobrehumano que la autoridad de Jesús, pero no se sitúa en nivel jurídico. En el NT, la autoridad de los ministros no se opone a su condición de servidores. El mismo ministerio es servicio a la libertad de los creyentes: liberados de las autoridades alienantes, por el reconocimiento de la única autoridad de Cristo. Esta autoridad no busca su justificación en los modelos sociales, políticos o religiosos de la época<sup>23</sup>.

Insistiendo en el concepto de sacerdocio, se reconoce que sólo expresa una dimensión del ministerio y parece preferible utilizarlo como adjetivo. Es más exacto hablar de “ministerio sacerdo-

tal” que de “sacerdocio ministerial”. Se va estableciendo cada día más un nuevo estilo de relaciones entre sacerdotes y comunidades y esto deja entrever una figura muy distinta de su ministerio. La “desclericalización” implica una parte de “desacerdotalización” que es sana; pero comporta también el peligro de una “secularización” del ministerio que oscurece su valor de signo de salvación<sup>24</sup>.

¿Cómo solucionar la aparente antinomia de servicio y potestad?

Encontramos una diatriba contra los sacerdotes que ofrecen en el altar pan impuro: “No me es grata la oblación de tus manos” (Mt 1, 11). La venida de Cristo ha hecho que todas las naciones puedan ofrecer una oblación pura. Se ha logrado una liturgia universal. Pablo se siente llamado a ser ministro de Cristo para anunciar la buena noticia y que la oblación de los gentiles sea santificada por el Espíritu Santo (cfr. Rm 15, 16). El sacerdocio de que se trata aquí no es un servicio cultural separado de la vida; es un servicio totalmente entrañado en la vida. Presupone una conversión. El llamado tiene que utilizar este mundo como si no lo utilizara.

Los teólogos emplean el concepto de “representación”. Todos somos representantes de Cristo pero los ministros con más razón. Esta presencia de Cristo les confiere una autoridad, que tiene que ir unida a la humildad, no sólo como virtud íntima, sino como realidad ontológica, de ubicarse en el último lugar. El poder se da en la debilidad. Siendo débiles atraemos el poder de Dios misericordioso. La fuerza está en nuestra fragilidad. “Si no se hacen como niños,

no entrarán en el Reino” (Mt 18, 3). “El Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños” (Mt 18, 14).

La autoridad nada tiene que ver con el poder físico. Ni con el poder secular. Se suele decir que el poder corrompe. Como dato histórico reciente, la revista “Christus” publicó un número monográfico sobre los acontecimientos de Oaxaca, con el título: “Defensa de la vida y la dignidad, interrogándose sobre el ejercicio del poder”<sup>25</sup>. Y ahí están las denuncias contra una obediencia irresponsable<sup>26</sup>. La autoridad evangélica y eclesial es misericordia. El objetivo es la salvación del pecador, pero en un clima de libertad. Más que un “poder”, es el “cuidado” (*episkopé*) en nombre de Cristo. Es una autoridad que tiene sólo cierta forma de potestad. Es la obligación de dar testimonio y de cumplir el servicio del buen pastor (cfr. Jn 10, 1-18) y del buen samaritano (cfr. Lc 10, 30-37). Esta obligación resulta del ser cristiano como tal, de la ontología cristiana. Ser cristiano significa ser humano, ser discípulo, ser hermano, ser testigo, ser apóstol, ser otro Cristo<sup>27</sup>.

Hay que mantener la absoluta unicidad y trascendencia del ministerio mediador de Cristo, que desveló el amor insondable de Dios y reunió a los hijos dispersos. Esto es un acontecimiento único e irrepetible al que nadie puede añadir nada. El sacerdocio-mediación de Cristo no admite suplencias ni sucesores. No obstante, por voluntad del mismo Jesús, existen en la Iglesia ministerios con sus prerrogativas. La relación de estos ministerios con el único ministerio de Cristo se interpreta con la terminología icónico-simbólica de la representación.

Los ministros en la comunidad ocupan el lugar de Cristo, personifican a Cristo, obran “*in persona Christi*”. No es una presencia moral o jurídica, sino una presencia sacramental y real. La recuperación de esta dimensión cristológica en clave simbólico-sacramental es uno de los rasgos más relevantes de la nueva teología católica de los ministerios<sup>28</sup>.

Esto quiere decir que el Señor se ofrece él mismo y ofrece su salvación instituyendo un signo suprasubjetivo de su presencia: el ministerio. En este sentido, la ministerialidad de la mediación salvadora significa para la fe algo profundamente liberador. El ministro es, en su cooperación, mero signo de lo que el Señor mismo hace. El ministerio entendido como representación no es una ideología de dominio, sino expresión de fe eclesial de que Cristo es el único Señor. El significado teológico del ministerio se puede iluminar desde la perspectiva del pastor. La imagen del pastor implica que pastor y rebaño se hallan en una relación que excluye cualquier identificación, pero requiere una coordinación mutua. Pero esto no tiene nada que ver con una arrogante superioridad del pastor sobre el rebaño. En la vida real el pastor es superior a las ovejas. Pero en el campo simbólico, el pastor es una oveja más de Cristo Pastor.

Reproduzco un texto sobre la relación entre *diakonía* y poder, y el ministerio en su dimensión espiritual:

El sacerdote es por excelencia un discípulo (cfr. Mt 8,18; 10,37; 16,24). Su autoridad no está basada en imaginarios poderes especiales, sino en la abnegación de sí mismo, evitan-

do todo tipo de consumismo y lujo, llevando una vida mortificada y austera, sufriendo con el pueblo y dispuesto a entregarse a la comunidad. Debe poder decir a la comunidad: ‘*Sean imitadores míos como yo lo soy de Cristo*’ (1 Co 11, 1). Esta es la nota distintiva del sacerdote, no su vestimenta, su celibato o sus poderes litúrgicos<sup>29</sup>.

Todo esto que venimos diciendo del sacerdote, ha de entenderse con mayor motivo del superior en una comunidad religiosa. Hay un artículo del teólogo Matthias Neumann y el estudiante Jesse Nash en St. Meinrad School of Theology (Indiana, U.S.A.) que me ha resultado muy claro. Presentan los 4 elementos (pluralismo, autoridad, obediencia e iniciativa personal) bajo una misma perspectiva. Resumo sus ideas:

- ❖ **Pluralismo:** Es un derecho personal, que puede causar conflictos pero contribuye al crecimiento. Tiende a derribar cualquier autoridad humana absoluta, y da relieve a la libertad y responsabilidad. Valora la comunidad como realidad dinámica.
- ❖ **Autoridad:** Jesucristo es la fuente de toda autoridad cristiana. El pluralismo sugiere una autoridad mediadora, no coercitiva, para estimular la decisión responsable por parte de los fieles. La autoridad de la Iglesia necesita una conversión.
- ❖ **Obediencia:** En el proyecto de Dios no es pasividad sino escucha, discernimiento, búsqueda activa, “*obedecer a Dios antes que a los hombres*” (Hech 4, 19).

❖ **Iniciativa personal:** Es la capacidad de reconocerse como actor, capaz de un diálogo creativo con los otros. De la teoría de las causas, hay que pasar a un mundo de mutuas relaciones. Dios no se reserva toda la causalidad, cuenta con nuestra iniciativa en orden a un funcionamiento armonioso. El nuevo símbolo es la cooperación humana con el Espíritu para transformar el mundo, armonizando la iniciativa personal con la autoridad y la obediencia<sup>30</sup>.

#### 4. EL MUNDO QUE DIOS SOÑÓ

Un Dios Trinidad inmensamente feliz vivía su eternidad. Pero las Tres Divinas Personas no son egoístas y quisieron comunicar a otra gente su felicidad. El Concilio Vaticano I (1869-1870) afirmó: “Dios en su bondad decidió crear el mundo, no para aumentar su propia felicidad, sino para comunicarla a sus criaturas”<sup>31</sup>. “*Vio Dios todo lo que había hecho y todo estaba muy bien*” (Gn 1, 31).

Pero el hagiógrafo cuando escribe el Génesis, lanza una mirada al mundo y contempla la violencia, el robo, el asesinato, las guerras, etc. Y se pregunta: “¿Cómo Dios puede decir que todo está bien? El mundo se ha deteriorado. No es lo que Dios soñó. ¿Qué ha pasado?” Y el hagiógrafo busca las causas de este deterioro. En la parábola del capítulo 3 del Génesis encuentra la primera causa de que el paraíso terrenal se haya convertido en un infierno. Hombres y mu-

jes quieren ser dioses: “*serán como dioses*” (Gn 3, 5). “*Amaron más las tinieblas que la luz*” (Jn 3, 19). El hombre intenta ser dios buscando el poder para dominar a los demás. No acepta ser criatura, ser humano. No acepta servir. El deseo de ser dios es lo contrario de ser cristiano. Ser cristiano es aceptar ser humano<sup>32</sup>. Por aquí debe comenzar nuestra conversión: No pretender grandezas que superan mi capacidad, dice el salmo 130.

La segunda causa de la degradación del mundo viene explicada en el capítulo 4 del Génesis. Es la parábola de Caín y Abel. Deseando ser dios, el hombre apetece ser único y rechaza lo fraterno. El hombre ambicionando ser dios y único, mata al hermano. Es un mundo dividido (=diabólico). Pero Dios nos quiere hermanos<sup>33</sup>. Intentando arreglar lo estropeado, surge la institución de la Iglesia y, dentro de ella, la VC. La Institución no es un absoluto, sino una mediación para que hombres y mujeres recuperen lo perdido: ser humanos y ser hermanos. Las estructuras institucionales están para favorecer las relaciones humanas y fraternas; la autoridad no es poder, sino servicio<sup>34</sup>. No es la ley jurídica sino el amor la norma de vida: “*en esto conocerán a mis discípulos, si se aman unos a otros*” (Jn 13, 35).

El mundo que Dios soñó es un mundo humano y fraterno, sirviendo en libertad y no a la fuerza, felices compartiendo el pan. Unos versos para terminar:

Había un hombre que tenía una gran doctrina.  
 Una gran doctrina que llevaba en el pecho.  
 Una doctrina escrita que guardaba  
 en el bolsillo interno del chaleco.  
 La doctrina creció  
 y tuvo que meterla en un arca de cedro.  
 En un arca como la del viejo Testamento.  
 Y el arca creció  
 y tuvo que llevarla a una casa muy grande:  
 entonces nació el Templo.  
 Y el Templo creció  
 y se comió al arca de cedro,  
 al hombre  
 y a la doctrina escrita que guardaba  
 en el bolsillo interno del chaleco.  
 Luego vino otro hombre que dijo:  
 El que tenga una doctrina, que se la coma  
 antes que se la coma el Templo;  
 que la vierta,  
 que la disuelva en su sangre,  
 que la haga carne de su cuerpo  
 ... y que su cuerpo sea  
 bolsillo, arca y Templo.

(LEON FELIPE, *Antología rota*)

## Notas

<sup>1</sup> ALVAREZ, J. *Historia de la Vida Religiosa*. Publicaciones Claretianas, Madrid 1987.

<sup>2</sup> CASTILLO, J.M. *El futuro de la Vida Religiosa. De los orígenes a la crisis actual*. Trotta, Madrid, 2003. Cap. 2: La anachóresis, pp. 37-48.

<sup>3</sup> CASTILLO, J.M. O.C., p. 43.

<sup>4</sup> BLANCO, S., *Jesús, hombre libre y fiel* en FERNÁNDEZ, B. y PRADO, F. (Eds.): *Obediencia*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005, p. 128.

<sup>5</sup> Citado por CASTILLO, J.M. O.C. p. 202.

<sup>6</sup> FRANCISCO DE ASÍS, "Primera Regla", en *Escritos, biografías y documentos*. BAC, Madrid, 1978, p. 96.

<sup>7</sup> MORATALLA, D. "Autoridad" en MORENO, M. (dr.): *Diccionario de pensamiento contemporáneo*, San Pablo, Madrid, 1997; p. 125.

<sup>8</sup> CIVCSVA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, febrero 1990, nº 15.

<sup>9</sup> LG, n. 9.

<sup>10</sup> LG, n. 9.

<sup>11</sup> LG, capítulo III, n. 18.

<sup>12</sup> ESPEJA, J. "Ministerios" en FLORISTÁN, C.-TAMAYOI, J.J. (Eds.) *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid, 1993, pp. 795-810.

<sup>13</sup> La bibliografía abunda: BAZARRA, C. "Sacerdotalización" en *Nuevo Mundo* 106 (1982), pp. 357-371. GONZÁLEZ FAUS, J.I. "La clericalización del ministerio", en *Hombres de la comunidad*, Sal Terrae, Santander 1989, pp. 89-138. SEGUNDO,

J.L. "Educación y sacramentalización bancarias", en *Teología abierta para el laico adulto*, Tomo 4, "Los sacramentos hoy", Carlos Lohlé, Buenos Aires, pp. 133-137.

PARENT, R. *Una Iglesia de bautizados. Para una superación de la oposición clérigos/laicos*. Sal Terrae, Santander 1987. TAMAYO-ACOSTA, J.J. *Hacia una comunidad de iguales*, Madrid 1991.

<sup>14</sup> S. AGUSTÍN, *Obras Completas*. BAC, Madrid, Tomo XXIII, sermón 142, pp. 296-298.

<sup>15</sup> AA.VV., *De masa a Pueblo de Dios*. PPC, Madrid, 1982.

<sup>16</sup> BAZARRA, C., "¿Qué significa evangelizar al pueblo?" En AA.VV.: *Evangelizar hoy a Venezuela*. ITER, Caracas 1985, pp. 55-68.

<sup>17</sup> S. PIO X, *Vehementer Nos*, ASS 39 (1906-1907), pp. 8-9.

<sup>18</sup> DS 1776, 1777.

<sup>19</sup> CASTILLO, J.M., *Para comprender los Ministerios de la Iglesia*. Verbo Divino, Estella 1993, pp. 66-79.

<sup>20</sup> PO 2.

<sup>21</sup> PO 2.

<sup>22</sup> PO 9.

<sup>23</sup> DELORME, J., *El ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1975, pp. 293-296.

<sup>24</sup> SESBOUÉ, B. "Ministerio y sacerdocio" en DELORME, J., *El ministerio y los ministerios según el NT*, Cristiandad, Madrid 1975, pp. 437-446.

<sup>25</sup> Presbíteros oaxaqueños: "¿Poder o servicio?" en CHRISTUS (enero-febrero 2008), pp. 34-37.

<sup>26</sup> KELMAN, H. y HAMILTON L.: *Crimenes de obediencia. Los límites de la auto-*

ridad y la responsabilidad, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1990. THOREAU, H., *La desobediencia civil y otros escritos*, Tecnos, Madrid, 1987.

<sup>27</sup> DUPUY, B. *Teología de los ministerios* en *Mysterium Salutis IV/2*, Cristiandad, Madrid 1984: "El misterio como representación de Cristo y como potestad", pp. 474-477.

<sup>28</sup> OÑATIBIA, I., "El sacramento del Orden" en BOROBIO, D., *La celebración en la Iglesia II*, Sígueme, Salamanca 1988: *Representación de Cristo*, pp. 630-634.

<sup>29</sup> MATTAM, J. "Sacerdotes para hoy" en *Selecciones de Teología* (2006), pp. 230-240.

<sup>30</sup> NEUMANN, N. y NASH, J.: *Autoridad, obediencia e iniciativa personal en una Iglesia pluralista* en *Selecciones de Teología* (1982), pp. 311-325.

<sup>31</sup> DS 3002.

<sup>32</sup> BAZARRA, C., *Cristianos en camino*, Paulinas, Caracas 202, p. 30.

<sup>33</sup> BAZARRA, C., *Dios, el Padre en quien creo*, Fundación Manuel Mattioli, Caracas 2000, pp. 80-82. BAZARRA, C., *Un mundo de hermanos*, Ed. Paulinas, Caracas, 1990.

<sup>34</sup> "Poder-Dominio-Servicio. Problemas éticos del poder" en *Concilium* 90 (diciembre 1973).

